



Respuestas a la crisis: Acción colectiva frente a los desequilibrios globales

José Antonio Sanahuja, Director del dpto. de Desarrollo y Cooperación del ICEI

Desde finales de 2008 la crisis financiera se ha extendido a la economía real y al empleo con inusitada rapidez. Según la explicación convencional, se habría originado en el “pinchazo” de las burbujas inmobiliaria y crediticia, extendiéndose a la economía real a través de la contracción del crédito, la “economía de la depresión” o el círculo vicioso de erosión de la confianza, el desplome de la demanda, producción, inversión y empleo; y su propagación global al caer la inversión extranjera, el crédito y comercio internacionales y las remesas de los emigrantes.

¿Qué ha demostrado la crisis hasta ahora? Se ha respondido con planes de corto plazo para el rescate de las entidades financieras, sin que éstas salgan del estado de coma. Con los tipos de interés al mínimo, se ha recurrido a la política fiscal y a planes de estímulo, aunque significara imprimir dinero y aumentar el déficit público. En una actuación sin coordinación adecuada, algunos países anunciaron grandes programas fiscales; otros se resistieron, alegando que parte del esfuerzo ya se hacía a través de las prestaciones de desempleo y alertando del riesgo de inflación. Y los países más pobres no tienen recursos para llevarlos a cabo. Se está destinando más dinero a salvar a los bancos que a proteger el empleo, sin que se recupere el crédito, con lo que estos planes son más herramientas de “contención” de la crisis, que el punto de partida de nuevas estrategias de desarrollo.

Por otro lado, se pensó que los países emergentes podrían sortear la crisis debido a su mayor crecimiento, la diversificación de las exportaciones, la acumulación de reservas, la reducción de la deuda externa y la solidez de sus balances fiscales, que suponía una menor dependencia de los países avanzados. En las formulaciones más optimistas de esta tesis del “desacople” (decoupling), se llegó a afirmar que estos países podrían ser los nuevos “polos” de crecimiento mundial.

Sin embargo, la rápida propagación de la crisis se ha llevado por delante la explicación convencional centrada en las hipotecas subprime y la tesis del “desacople”, que confinaba sus causas y efectos a Estados Unidos y las economías avanzadas, y además pone en cuestión las respuestas desplegadas hasta ahora.

La crisis se ha extendido a los países en desarrollo debido a que su crecimiento ha descansado en variables externas, más que en su mercado doméstico, pues ello sería incompatible con un modelo exportador basado en bajos salarios, bajas cargas fiscales y “externalización” de los costes ambientales. Es cierto que se han logrado avances en la reducción de la pobreza y han crecido las clases medias, en particular en China, pero la “bonanza” de las exportaciones, la inversión y el crédito externos y las remesas han sido los “motores” de un modelo de crecimiento que ha acelerado la transnacionalización del mundo en desarrollo, aumentando su vulnerabilidad externa. Hay diferencias en la forma y grado en que cada país se revela vulnerable a la crisis, y el margen para adoptar políticas contracíclicas también es distinto, pero parece evidente que nadie está a salvo porque la crisis es global.

La respuesta a la crisis no parece estar abordando sus causas estructurales, radicadas en varios desequilibrios y asimetrías globales, que han dado lugar a un modelo insostenible:

LA CRISIS ECONÓMICA ES UN PROBLEMA ESENCIALMENTE POLÍTICO

> Desequilibrios monetarios y financieros entre los países que acumulan ahorro y los que gastan

en exceso a base de crédito. Los bajos tipos de interés y el consumo excesivo de Estados Unidos fue exacerbado por el exceso de ahorro de China y otras economías emergentes, cuyas reservas de divisas financiaron los déficit fiscal y exterior estadounidense adquiriendo masivamente activos de ese país y en particular deuda del Tesoro. La solución a largo plazo para las economías emergentes sería impulsar su propio consumo, con políticas más enérgicas para reducir la pobreza. Pero hasta ahora han hecho lo contrario: esperan que lo que saque al mundo de la crisis sea el consumo estadounidense, en forma de un plan de estímulo alimentado con más endeudamiento, y ello ya no es factible. Se requiere, en consecuencia, un nuevo modelo basado en mayor medida en la demanda interna de los países pobres, así como un nuevo sistema monetario y financiero mundial.

> Desequilibrios de poder entre Estado y mercado. La crisis ha revelado hasta qué punto se había debilitado el poder del Estado a causa de la globalización.

Se afirmaba que el cambio más relevante en la distribución del poder en el mundo era el ascenso de los países emergentes y la conformación de un sistema multipolar. Sin embargo, la crisis sugiere que con la globalización neoliberal, el poder de regular la vida económica se habría “evaporado” en un vasto mercado global en el que nadie puede ejercerlo eficazmente. La paradoja es que los países emergentes han sido invitados al G-20, y una vez en la mesa comprueban que su poder real es menor que el que imaginaban.

> **Desequilibrios entre las necesidades de acción colectiva internacional y el carácter nacional de las respuestas.** Con distintos énfasis y acentos, el “retorno al Estado” se presenta como la respuesta política inmediata en todos los países. Sin embargo, es muy probable que la acción pública, limitada al nivel nacional, termine siendo ineficaz o contraproducente. Se trata del clásico problema de la acción colectiva, aunque agravado por la globalización: es difícil generar esa acción colectiva en un sistema internacional caracterizado por la descentralización del poder, la desregulación, la ausencia de normas imperativas y de instituciones capaces de generarlas. En particular, los paquetes de estímulo no coordinados o el recurso al proteccionismo, a devaluaciones competitivas y otras políticas de “empobrecer al vecino”, convertirían las políticas públicas en parte del problema más que de la solución. Y no se debe ignorar que la respuesta a una crisis de naturaleza global no será eficaz si se deja a la intemperie a los países más débiles y vulnerables. La crisis económica es en última instancia un problema esencialmente político: cómo articular la acción colectiva internacional a través de normas e instituciones eficaces, representativas y legítimas.

> **Desequilibrios de voz y representación entre países avanzados y emergentes.** La crisis reclama mecanismos legítimos para la gobernanza global, a través de un “nuevo multilateralismo” que sea capaz de dar un papel más relevante a los países en desarrollo. El rápido relevo del G-7, sustituido por el G-20, es una clara indicación de ello. Pero no se puede obviar que tanto el G-20 como las organizaciones internacionales que han de ejecutar sus mandatos tienen serias carencias de representatividad y legitimidad, como ilustra el caso del FMI, actor clave frente a la crisis.

ES DIFÍCIL GENERAR ACCIÓN COLECTIVA EN UN SISTEMA INTERNACIONAL DESREGULADO

> **Desequilibrios en la distribución de la riqueza en un mundo desigual,** en el que la reducción de la pobreza, y el desarrollo sostenible se convierten en claves de la recuperación. Los magros resultados alcanzados a escala global en los ODM dependían de un modelo de crecimiento que la crisis ha mostrado insostenible, y su mero restablecimiento ya no es una opción viable. Hay que evitar que la crisis se lleve por delante esos logros, por limitados que puedan ser, o que se produzcan retrocesos.

Será necesaria una visión de largo plazo que redefina los procesos de desarrollo y reducción de la pobreza sobre bases más equitativas y sostenibles.

> **Finalmente, desequilibrios entre pautas insostenibles de consumo de recursos y la capacidad de la biosfera para su regeneración,** que se encuentran en el origen del cambio climático, la sobreexplotación de los recursos y la pérdida de biodiversidad.

Se trata de una crisis del modelo, más que una crisis en el modelo. No se puede salir de ella sin acometer reformas que hagan frente a

estos desequilibrios, mientras que a corto plazo el imperativo es atenuar su coste social. Los programas de estímulo han de ser capaces de mantener el empleo y proteger a los más vulnerables, especialmente en los países más pobres, y a medio y largo plazo promover un modelo más sostenible. En el diseño de esos planes los gobiernos necesitan flexibilidad y espacio para maniobrar, en especial en los países en desarrollo.

Los planes han de ser capaces de superar la estrechez de la mirada nacional, y contribuir al estímulo de la demanda agregada global, dado el carácter también global de la crisis y el elevado grado de transnacionalización de muchos sectores productivos.

Además, es importante vincular los planes de estímulo a la reducción de la pobreza y el aumento de la demanda en los países en desarrollo: ello ayudará a sentar las bases de un nuevo modelo, más equilibrado, justo y sostenible y a hacer posible los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Se trataría de un “New Deal verde”, o de un nuevo “Pacto Global”. No es tarea fácil, pero de ello depende hoy la materialización de los objetivos internacionales de desarrollo y la supervivencia del planeta.